



Revista Conflicto Social - Año 17 N° 32 - Julio a Diciembre 2024

“Aquí se latinoamericanizaron los que estaban muy europeizados” Exilio e internacionalismo chileno en la Ciudad de México

“Those who were very Europeanized became Latinoamericanized”

Chilean exile and internationalism in Mexico City

Omar Núñez Rodríguez*

Recibido: 26 de junio de 2024

Aceptado: 24 de septiembre de 2024

Resumen: El objetivo es analizar cómo el impacto de las guerras civiles centroamericanas, el contacto con la realidad mexicana y la interacción con diversos exilios en la Ciudad de México, permitió a una franja de refugiados chilenos activar sus disposiciones ideológicas para practicar la solidaridad internacionalista en los años 1970 y 1980. Se concluye que esta convergencia política conllevó a que el Estado mexicano implemente una estrategia para disciplinar a los diversos exiliados en esta capital.

Palabras clave: Internacionalismo, Ciudad de México, exilios, disposiciones ideológicas, Centroamérica.

Abstract: The objective is to analyze how a group of Chilean refugees activated their ideological dispositions to practice internationalist solidarity motivated by the impact of the Central American civil wars, the contact with the Mexican reality and the interaction with different political groups exiled in Mexico City in the 1970's and 1980's. It concludes that the Mexican State responded to this political convergence by implementing a strategy to discipline political refugees in the capital.capital."

Keywords: Internationalism, Mexico City, exiles, ideological dispositions, Central America.

*Maestría en Estudios Latinoamericanos, Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), ORCID N°0000-0002-7061-3625. omar.nunez@uacm.edu.mx

Introducción¹

La solidaridad y el internacionalismo constituyen tópicos indisociables a los imaginarios políticos revolucionarios. Si bien sus manifestaciones están coligadas a momentos históricos caracterizados por el aceleramiento de los acontecimientos, cierta épica colectiva y un sentimiento de inevitabilidad en las transformaciones globales, su práctica social se activa por poseer disposiciones ideológicas y/o experimentar circunstancias políticas específicas.

El importante activismo transnacional entorno a la revolución cubana, la experiencia de la Unidad Popular en Chile y el gobierno de Jacobo Arbenz, se relaciona con un conjunto de imaginarios sociales y marcos interpretativos de época: apelación a la lucha armada, promoción del socialismo, rechazo al imperialismo estadounidense. Con más cercanía en el tiempo, la extensa actividad solidaria a favor de las causas antidictatoriales en Sudamérica y las luchas revolucionarias en Centroamérica estuvieron motivadas por la denuncia a las violaciones a los derechos humanos y la promoción de la democracia. Se comprenderá, por lo tanto, porqué en ambos momentos sectores de izquierdas renovaran valores, discursos políticos e imaginarios anti sistémicos, como también identificaran afinidades y oposiciones.

A decir de David Featherstone (2012: 5-20), quienes han participado de un movimiento caracterizado por la fraternidad obrera, las luchas anti imperialistas y los combates por la descolonización, entienden la solidaridad internacional como una relación forjada al calor de la explotación común y lucha política. Una práctica germinada "desde abajo" y que trasciende las geografías nacionales, la cual desafía las diversas formas de opresión local mediante la coordinación internacional de múltiples presiones políticas y sociales ("pressure from without"). En este sentido, la solidaridad hay que entenderla como una dimensión de la acción política,

¹ Agradezco los comentarios y sugerencias de las/los dictaminadores anónimos.

esto es, "busca forjar alianzas mediante el establecimiento de una sociabilidad basada en proyectos compartidos que imaginan futuros mejores contruidos de manera colectiva" (Pirker, 2018: 124).

Un creciente número de artículos permiten mapear las mallas de solidaridad aparecidas en la región en la segunda mitad de la centuria pasada. Tales trabajos hacen hincapié en las trayectorias nacionales de cada organización, las iniciativas emprendidas por sus militantes, los alcances políticos transnacionales, las motivaciones de los activistas o el papel que tienen los exiliados en su constitución (Ágreda, 2020; Ágreda y Helm, 2016; Ayala, 2014; Camacho, 2013; Power, 2009; Perla, 2008). Sin embargo, predomina un enfoque que asocia la militancia y el exilio con la práctica de la solidaridad y el internacionalismo, obviando que muchos de ellos tuvieron un interés tangencial o una participación colateral.

En efecto, en el caso de las y los desterrados chilenos arribados a México en 1973 hay una tendencia a pensar que el perfil de sus integrantes estuvo asociado a un compromiso activo con ambos valores. Dicha percepción parece sustentarse en el importante apoyo trasnacional a favor del gobierno de la Unidad Popular; el trabajo de los exilios chilenos en denunciar las violaciones a los derechos humanos en su país; y las entusiastas campañas de solidaridad internacional con su causa. Iniciativas potenciadas al servirse de la red global surgida a favor de la guerra de liberación nacional de Vietnam. Entrevistas con miembros de esta colectividad revela que no habría sido la actitud dominante entre sus compatriotas. Por el contrario, aquellos que tenían inclinación a comprometerse activamente con otras causas nacionales, reconocen que ambos deberes militantes terminaron por cristalizar con la experiencia del ostracismo. Los avatares del destierro, en consecuencia, pusieron a prueba el discurso público y la práctica política de buena parte de la izquierda auto adscrita como allendista, la cual, en las décadas de los 1960 y 1970, decía participar de un movimiento global comprometido con las luchas revolucionarias, antiimperialistas y descolonizadoras.





En este sentido, la bibliografía referida al exilio chileno en México está centrada en la experiencia del destierro y sus expresiones organizativas (Cid: 2018, Valles y Castelli: 2015; Rojas: 2013); la recepción y los usos políticos por parte de las autoridades mexicanas (Lavín: 2020; Rojas: 2016);² las campañas de denuncia y solidaridad con Chile (Rebolledo y Reyes: 2023; Rojas y Santoni: 2013). Sin embargo, estas contribuciones tienden a relegar en sus análisis cómo la Ciudad de México también sirvió de escenario para que una fracción de desterrados practicaran el internacionalismo en geografías como la centroamericana.

Por consiguiente, este artículo se centrará en las experiencias subjetivas de un grupo de ex militantes pertenecientes a esta comunidad refugiada. El objetivo es analizar cómo el contacto con la realidad mexicana, la interacción con los diversos exilios en la Ciudad de México y los impactos políticos que suscitaron las guerras civiles centroamericanas, habilitará a esta fracción de chilenas y chilenos activar sus disposiciones ideológicas para practicar el internacionalismo revolucionario. En específico, se busca examinar la inserción de los exiliados en esta capital, el lugar que ocupa esta metrópoli en la génesis de los contactos, las enseñanzas de Centroamérica en sus imaginarios políticos y las consecuencias que conllevó esta toma de posición en la Ciudad de México.

La Ciudad de México como escenario de la guerra fría

México es conocido por servir de refugio político a lo largo del siglo xx. Sucesivos gobiernos compartieron una agenda común en temas como el derecho al asilo por razones políticas, autonomía en relaciones internacionales, las formas de inserción de los exiliados, entre otros preceptos, posibilitando un marco de seguridad para las personas hostigadas en sus

² Claudia Fedora Rojas Mira, (2016), "Los anfitriones del exilio chileno en México, 1973-1993", *Historia Crítica*, núm. 60, DOI: <https://doi.org/10.7440/histcrit60.2016.07>

países de orígenes. Venezolanos y peruanos huidos de las dictaduras de Juan Vicente Gómez y Augusto Leguía; republicanos españoles; alemanes y austriacos antifascistas; húngaros disidentes del régimen comunista; partidarios de Jacobo Arbenz; cubanos exiliados por Fulgencio Batista; paraguayos, brasileños, bolivianos, uruguayos y argentinos escapando de las dictaduras corporativas; salvadoreños, nicaragüenses, hondureños y guatemaltecos refugiados para huir de la represión, las masacres y guerras en sus países, atestiguan la larga lista de nacionalidades que encontraron en este país un sitio donde cobijarse.

Dicha agenda, cabe recordar, no era desinteresada ni se regía por afinidades ideológicas. Como indica Fabrizio Mejía (2014),

[En] ningún momento el cardenismo y sus sucedáneos apelan a criterios ideológicos, pues ya para esas fechas, de 1936 a 1945, la Revolución mexicana flotaba entre el radicalismo nacionalista en el discurso y la intención de ser un capitalismo triunfante en los hechos. Sólo así puede explicarse que a México llegaran todas las alas del republicanismo español y, aun, la del socialismo internacional (Mejía, 2014: 18-19).

El caso de los exiliados chilenos no escapa a esta pauta. Las estrechas relaciones entre el gobernante Partido Revolucionario Institucional y los integrantes del Partido Radical chileno –conglomerados laicos, anticlericales y no marxistas, “[que] compartían una misma sensibilidad política basada en las relaciones interpersonales de amistad y compadrazgo” (Rojas y Santoni, 2013: 130) es un buen ejemplo del bajo perfil que jugaba la ideología en la estrategia internacional mexicana; en el sentido que convenía al gobierno de Luís Echeverría, por ejemplo, “ver el gobierno de Allende bajo el prisma del antiimperialismo y del nacionalismo populista, y no del socialismo” (Rojas y Santoni, 2013: 130). En consecuencia, el simbolismo en geopolítica parece ser un criterio que movía la política exterior del Estado mexicano. Queda confirmado con la ola masiva de refugiados que huían de las dictaduras y guerras civiles que asolaron en la





región, contexto que posibilitó a las autoridades posicionar al país como actor relevante en el hemisferio: sea para mostrar independencia política de su vecino del norte, ostentar un liderazgo regional, relegitimar el rol dirigente del Estado (erosionado por las represiones perpetradas entre 1968 y 1971) o administrar la crisis migratoria en la frontera sur, al estallar en los años 80', las guerras civiles en Nicaragua, Guatemala y El Salvador.

Dichas directrices, además, fueron sostenidas por un favorable escenario económico que proveyó la inserción laboral de un número importante de refugiados políticos. Empero, la pragmática postura con la cual operaban las autoridades, funcionarios e instituciones mexicanas revela un hecho importante: la figura de asilado no constituía un estatuto "oficial" sino "perceptual".

[Efectivamente,] el gobierno mexicano ha variado su postura en torno al asilo tanto como las circunstancias económicas, simbólicas, y la discrecionalidad del lenguaje abogadil, le han permitido (...) En 1928 las leyes mexicanas hablan en negativo, es decir, alzando murallas: "No es lícito el asilo a personas acusadas por delitos comunes. Cuando el asilo sea concedido, éste se dará sólo en caso de urgencias". En 1936, con el presidente Lázaro Cárdenas, la ley es todo lo contrario: se adelanta a que los gobiernos fascistas de Europa reclamen su jurisdicción sobre los perseguidos. Dice: "La calificación del delito solo le corresponde al Estado que presta el asilo". En 1957 se vuelve a cerrar por la "excesiva demanda" de los húngaros que huyen de las tropas soviéticas: "El Estado tiene derecho al asilo pero no está obligado a concederlo". Y, por último, cuando en los años ochenta las guerras centroamericanas lanzan a doscientos mil guatemaltecos al otro lado de la frontera, hacia Chiapas, las autoridades mexicanas se apresuran a delinear a unos exiliados de otros: los guatemaltecos son "refugiados", es decir, transitorios, sin el estatuto de "asilo" (Mejía, 2014: 21).

Si bien las políticas de acogida estuvieron condicionadas a que los desterrados no se inmiscuyeran en la vida interna del país, estas reglas toleraron cierta libertad de expresión y organización de los diferentes exi-

lios, contribuyendo a la articulación de los núcleos políticos latinoamericanos residentes. Esto último fue particularmente intenso en la Ciudad de México, por constituir punto de confluencia migratoria, espacio de inserción y plataforma de propaganda. Efectivamente, además de constituir un espacio social donde reconstruir sus vidas, esta capital fue un teatro de operaciones políticas y logísticas para diversas organizaciones partidistas y armadas de izquierda de la región. En este sentido, la sobrepoblada urbe no sólo acabará por constituir una “capital del exilio” para este heterogéneo grupo de desterrados, sobre todo fue un teatro operativo al erigirse en “una retaguardia política lejana” para las citadas estructuras partidarias, en la medida que posibilitó a sus dirigencias y militancias “amplificar su voz” durante la guerra fría interamericana (Pirker y Núñez, 2014).

Gracias a la amplia disponibilidad de medios de comunicación y contactos internacionales, patrocinios selectivos y cierta permisividad de las autoridades a las actividades emprendidas por las militancias extranjeras y, sobre todo, el importante sostén material brindado por activistas, organizaciones populares, militantes de las izquierdas mexicanas e, incluso, del pri, la Ciudad de México atestiguó la progresiva articulación de una densa red de apoyos a las causas antiautoritarias y revolucionarias (Sánchez, 2020; Fábrega, 2006). Rol relevante en este esfuerzo comunicacional transnacional lo tuvo la Organización de Periodistas y Corresponsales Extranjeros, donde destaca el representante de la agencia Reuter –argentino e integrante de Montoneros– cuyo papel fue clave, en palabras de una entrevistada, “para la causa en términos generales”.³

De esta manera, y de cara hacia todo el planeta, la capital mexicana operó como “la mirada de América Latina” sobre los acontecimientos hemisféricos.⁴

La construcción de esta malla permite visualizar aquello que Richard Saull (2004) denomina como “conflicto social global”, esto es, la interacción problemática entre estados centrales, actores globales e instituciones

³ Beatriz Torres, primera entrevista, 6 de junio de 2013.

⁴ Fuente anónima, entrevista 27 de mayo de 2016.





internacionales, por un lado, y la agencia de gobiernos, fuerzas políticas y movimientos sociales de diverso signo del sur, los cuales buscaban impulsar sus propias agendas y pretensiones políticas. Para este segundo caso, en México, podemos citar las campañas de financiamiento a las insurgencias centroamericanas patrocinadas por sindicatos y organizaciones urbano-populares; establecimiento de refugios a desplazados por las guerras por iniciativa de parroquias pertenecientes a la Iglesia Católica; o la constitución de comités de solidaridad con las más diversas causas políticas nacionales.

Entre otros, podemos citar al Frente Mundial de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño, iniciativa transnacional surgida con la explícita finalidad de coordinar las múltiples campañas de respaldo a la causa revolucionaria salvadoreña.⁵

Según se reseña en los informes de la extinta Dirección Federal de Seguridad, el Foro Mundial fue visualizado "como una garantía indispensable de organización y coordinación del amplio apoyo internacional a los planteamientos del FMLN-FDR y como un mecanismo que asegure una base económica constante para solventar la lucha del pueblo salvadoreño". Instituido en marzo de 1982 en la Ciudad de México, en su fundación participaron 130 organizaciones nacionales y 84 extranjeras, pertenecientes a unos 30 países.⁶

La constitución de una variada gama de agrupaciones de solidaridad en esta capital –como en todo el país– revelaba hasta qué punto había madurado una generación de activistas y militantes surgida tras la masa-

⁵ El Foro Mundial surge por el patrocinio del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño (CMSS). Esta iniciativa terminó por ocupar un papel relevante en articular –a escala planetaria– una amplia red de apoyos a la insurgencia de El Salvador. Según los informes de los servicios de inteligencia mexicanos, tuvo por objetivos organizar foros internacionales, emprender campañas financieras, propiciar festivales y movilizaciones de solidaridad o denunciar el "intervencionismo imperialista" en el país centroamericano. AGN, Galería 1, Dirección Federal de Seguridad, "Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño", 009-022-020, fichas 4-10, 24 de marzo al 12 de abril de 1982.

⁶ AGN, Galería 1, Dirección Federal de Seguridad, "Frente Mundial de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño", 009-022-020, fichas 3-4, 13 de agosto de 1982.

cre de Tlatelolco, la "guerra sucia" de los años 70' y la crisis de los referentes partidarios tradicionales de izquierdas; pero también, "contaminada" política e ideológicamente por los exilios sudamericanos y centroamericanos. La opinión de una entrevistada es concluyente: el contacto con desterrados y refugiados "[fue] modificando la cultura política" de México, y precisa:

[Piensa], hay una enorme cantidad de profesores [exiliados] en las universidades (...) Y esa gente empieza a formar y están en la uam Xochimilco, en la uam Azcapotzalco, en la unam, en Michoacán, en Culiacán (...) Y mucha de la gente empieza a preguntar <<¿porque salió tanta gente [de sus países]?>>. [En consecuencia] van acercándose a diferentes procesos y van conociendo las diferentes realidades de la región; y se van "contaminando" de alguna manera (...) Yo no digo que se formen revolucionarios, pero hay una enorme cantidad de generaciones permeada y formadas por los exilios políticos (...) Y yo creo que, no en vano (...) en las primeras embestidas del prd, hay mucha influencia de eso (...) A partir de ahí, México empieza a tener una mirada latinoamericana.⁷

Los lazos establecidos entre militantes chilenos con activistas nacionales son parte de esta trama. Como señalamos, diversas orgánicas políticas encontraron en México un lugar para reorganizarse, estructurar su agenda y obtener colaboración. En el caso del desaparecido Movimiento de Izquierda Revolucionaria (mir), la dirigencia estableció como directriz política el establecer cuadros para levantar a la organización de cara a la lucha antidictatorial en Chile. A decir de un ex integrante, "[Ciudad de México] constituyó una plataforma de lanzamiento" para el trabajo político en su país: "Aquí se aterriza y aquí se despega". Aspecto a destacar por este militante, "son las condiciones objetivas" que ofrecía el territorio mexicano al trabajo político, diplomático, conspirativo y comunicacional de su organización. Por ejemplo, "El Rebelde –el perió-

⁷ Beatriz Torres, op cit.





dico de este grupo— se hacía aquí”. Además, México brindaba recursos humanos dispuestos a colaborar con las actividades del mir en dictadura: llevando los negativos del periódico, transportando dinero, transmitiendo información; pues, recuerda el entrevistado, “no son chilenos los que lo llevan”.⁸

Inserción y adaptación en la Ciudad de México

Si la capital mexicana conectó las luchas populares locales con las acontecidas en otros países, lo mismo sucedió para la diáspora política chilena residente. En este sentido, el interés y los crecientes vínculos con Centroamérica se advierten de mejor manera si, previamente, consideramos ciertas disposiciones y características que revistió su inserción. Aunque el universo consultado es pequeño y, por lo tanto, no sea representativo de la comunidad política refugiada, la mayoría comparten una visión crítica hacia una fracción de sus congéneres nacionales.⁹

Básicamente dos aspectos interrelacionados: por un lado, que tuvieran una postura condescendiente y utilitaria con el régimen político que los cobijó, por el otro, carecer de un compromiso internacionalista que supere la mera solidaridad.

La favorable recepción a las y los chilenos perseguidos es tema conocido. Dio a esta comunidad un lugar privilegiado entre el universo de exilios de la época. Hasta cierto punto, comparable al recibido por el nu-

⁸ Fuente anónima, op cit.

⁹ El artículo emana de un proyecto de investigación iniciado en el 2016, el cual tiene por propósito analizar las militancias chilenas orientadas a la solidaridad internacionalista. Con base en 16 entrevistas semi estructuradas y una colectiva (con participación de 8 personas), el proyecto analiza las actividades de solidaridad emprendidas a favor de la lucha revolucionaria en El Salvador, Guatemala y, sobre todo, la Nicaragua sandinista. Durante el proceso de consultas, y de la mano de 5 entrevistados que radican o radicaron en la Ciudad de México, el tópico de esta capital como escenario de la Guerra Fría brotó recurrentemente. Esta circunstancia explica el escaso número de fuentes orales consideradas para este artículo. Asimismo, terceros candidatos a entrevistar no fueron receptivos a la solicitud.

meroso contingente de españoles republicanos refugiados en años previos. Sea cual sea la inclinación política de los desterrados, todos reconocen la hospitalidad brindada por autoridades y población mexicana; el papel jugado por este país como avanzada regional en la relación Sur-Sur; el rol del embajador de México ante las Naciones Unidas, quien, durante 17 años, lideró las condenas en contra de la dictadura del general Augusto Pinochet; medios de comunicación preocupados por lo que acontecía en Chile (Canal 11, diario *Unomasuno*); como también el respaldo de destacados periodistas a la causa chilena, entre ellos los fallecidos Manuel Buendía y Julio Scherer.

Elemento decisivo en esta campaña de solidaridad fue el apoyo gubernamental a la fundación de *Casa de Chile* en 1974. Instaurada a solicitud del ex ministro de economía de la Unidad Popular Pedro Vuskovic, *Casa de Chile* posibilitó articular el trabajo cultural, político y solidario de las diferentes militancias partidistas chilenas en México. Empero, gracias a la relevancia adquirida y los recursos puestos a su disposición por el gobierno de Luís Echeverría, este espacio contribuyó a la articulación de numerosos grupos nacionales expatriados: por un lado, estimulando que los diversos exilios participaran de las campañas de solidaridad con Chile; por el otro, un alero para que bolivianos, guatemaltecos, argentinos o nicaragüenses emprendieran actividades de apoyo para con sus respectivas causas nacionales. Más precisamente, un espacio de solidaridad "[donde] hacíamos mucho trabajo en conjunto de todo el problema del área". De tal forma, *Casa de Chile* terminará por erigirse en:

una plataforma de trabajo intelectual, de trabajo político, de trabajo cultural (...) y todo el trabajo solidario que eso permitía (...) Por un lado, está el trabajo de Chile, por Chile; pero también está el trabajo con los compañeros centroamericanos y con las naciones hermanas que estaban en las mismas dificultades que en el caso de los chilenos.¹⁰

¹⁰ Beatriz Torres, op cit.





Pese a este despliegue de conectividad y solidaridad latinoamericana, algunos consultados señalan cierta actitud limitada en términos de reciprocidad por parte del grueso de los chilenos residentes. Esta negativa disposición tendría variados fundamentos. A juicio de Ximena Ortúzar, obedecería al carácter insular de la cultura política chilena, matriz endogámica que limita interactuar con sus vecinos. Aun cuando el componente de refugiados allendistas se precie de izquierda. Tajantemente lo afirma esta periodista:

Los chilenos en México no tuvieron ningún comité solidario con ninguna lucha. Ni con los nicaragüenses, ni con los salvadoreños. Ni hubo interrelación real ni efectiva con los argentinos, con los uruguayos, con los que estaban exiliados acá. Los chilenos siempre hemos tenido este complejo de aislacionismo, somos como una ostra (...) [Acá], donde la mayoría del exilio era socialista, yo no vi nunca gran interés internacionalista en los chilenos socialistas y allendistas. Cosa muy contradictoria porque Allende fue un gran internacionalista (...) Es que el PS aprendió poco de Allende (...) nos quedó a todos muy grande.¹¹

Ernesto Navarro –con tono parecido– refrenda lo asentado por la periodista. Para este profesor universitario, la solidaridad y el internacionalismo constituían principios y prácticas ajenas a las izquierdas de su país. A su juicio, la actitud de los connacionales hacia los centroamericanos y sus problemas “era muy mala, muy mala. Yo entro dentro de ese grupo que [ahora] critico”. En gran medida –subraya– dicha postura resultaba de una actitud aislacionista que caracterizaría a los chilenos: “por un lado el mar, por el otro la cordillera”. Observando el pasado con la perspectiva que otorga el tiempo, sentencia que dicha conducta no debería sorprender si nos atenemos –argumenta– a dos elementos entrecruza-

¹¹ “Puede que hayan hecho ciertas actividades solidarias, pero nunca hubo un involucramiento del exilio chileno con otras causas. No como lo hicieron los argentinos (...) ellos tenían una dinámica de solidaridad mucho [mayor]. Para empezar, fueron más organizados que nosotros, con menos medios, pero fueron más organizados. He hicieron más trabajo político en el exilio”. Ximena Ortúzar, entrevista 26 de mayo de 2016.

dos: el contexto geopolítico como los vínculos externos no parecen haber sido tópicos relevantes para algunos sectores de la Unidad Popular (up).

[Como] militante medio, mi crítica a la up es que nosotros nos mirábamos el ombligo, éramos el centro del mundo, no existía nadie más. La guerra fría no existía para nosotros. La 'gran revolución' la estábamos haciendo solitos. No existía la necesidad de contar con contactos internacionales (...) –y como antecedente, señala– Fui muy crítico cuando [–años antes–] llegan profesores argentinos expulsados [por la dictadura de Onganía]. Yo decía: "¿por qué estos tipos venían a trabajar acá?" y lo digo con mucha vergüenza (...) Estaban arrancado y les quitaron el trabajo.¹²

Considerando la activa agenda diplomática de la up en el contexto de la Guerra Fría y que esta experiencia de gobierno fuera teatro de una importante campaña de solidaridad internacional, llama la atención la observación de Ernesto Navarro. Empero, más que desconocimiento sobre estos importantes antecedentes, su aseveración indica el peso de las perspectivas y preocupaciones locales en la racionalidad política del ciudadano, incluidos integrantes de partidos. También sirve para constatar un aspecto enunciado: la solidaridad y el internacionalismo –como la conciencia de clase– no son disposiciones inherentes a la militancia. Todo lo contrario, como estipulara Edward Thompson en su estudio sobre la constitución de la clase obrera británica, son experiencias sociales compartidas. Se *forman* al calor de las luchas y contingencias.¹³

La ausencia de este tipo de valores y prácticas –a decir de un tercer entrevistado– revela por qué la mayoría de los refugiados no trasladaran su compromiso político fuera de Chile, pues, "[básicamente,] son gente que huye (...) son más asilados que exiliados". Además, incide el carácter

¹² Ernesto Navarro, entrevista 25 de mayo de 2018.

¹³ El relato de Navarro también ilustra cómo la convicción política cristaliza en momentos críticos: "Cuando matan al [General] Schneider [para impedir la asunción de Salvador Allende], recién 'nos cayó la teja' que la cosa iba en serio. En el sentido de lucha de clases. Que estábamos llegando a un punto de enfrentamiento agudo", *Ibid.*





selectivo del grupo rescatado por el gobierno mexicano, es decir, personeros políticos, profesionales y académicos de alto nivel que otorgaban un sello cupular, clasista, “sumamente elitista” al conjunto de chilenos desplazados. Tal situación se habría potenciado con la rápida conexión establecida con la intelectualidad progresista mexicana, la cual, a juicio del informante, “quedó seducida por los chilenos”; pero también, por los vínculos políticos otorgados por los anfitriones, quienes, por ejemplo, otorgaron vía directa de comunicación con las autoridades de gobierno. O las favorables condiciones de inserción laboral, las cuales facultaron a una mayoría de los exiliados ver en México la posibilidad de “crear una nueva vida”.

En este sentido, los consultados exteriorizaron su molestia con ciertas actitudes consideradas oportunistas e instrumentales por parte de algunos integrantes de su comunidad –el más señalado fue el ex Secretario General de la Organización de Estados Americanos José Miguel Insulza– quienes habrían de servirse de importantes instituciones para establecerse favorablemente: acaparando plazas de académico de tiempo completo en diferentes entidades; creando “redes y clientelas” entre estudiantes y profesores; estableciendo lazos laborales y personales de complicidad. Como lo grafica el siguiente comentario: “se jalan entre ellos”. Esta situación, reflejaba la presencia de un exilio “ideológicamente débil”, cuyo sello fue ser “sectario, cooptado, elitista (...) organizado muy mal”, “con bajo compromiso”, carente de principios revolucionarios e internacionalistas (“los chilenos no se la jugaron”). Un exilio, en consecuencia, “funcional a la política del pri”, en la medida que estos ciudadanos venidos del Cono Sur “[fueron] voceros oficiosos de un régimen criminal”, en el sentido de otorgar “certificado de buena conducta al régimen priista”.¹⁴

No estamos en condiciones de certificar que esta última apreciación represente el sentir de la mayoría de los residentes chilenos. Sin embargo,

¹⁴ Fuente anónima, op cit.

revela las tensiones y ambigüedades que debieron procesar los asilados y los militantes a lo largo de su estancia. En la medida que su arribo a tierras aztecas coincide con las peores prácticas represivas del Estado mexicano. Pues, la denominada "guerra sucia", no tuvo nada que envidiarle a la represión propinada por la dictadura chilena por los mismos años. Enfrentar esta paradoja: solidaridad hacia fuera, represión al interior –"política esquizofrénica" como sentencia el entrevistado anónimo– fue uno de los retos morales más difícil de procesar por los refugiados. "Era una de las situaciones más complejas que vivíamos –relata Eduardo Contreras– [algunas] simplemente no la entendíamos", y a modo de ejemplo relata:

había un líder sindical (...) que yo había conocido, que desapareció y el Partido Comunista mexicano me confirmó que era detenido desaparecido y no pasaba nada. Había cosas que te inhibían a actuar. Cómo salías tu actuar si (...) los propios militantes les parecía como un hecho casi normal de la vida mexicana (...) Por supuesto nosotros no aceptábamos lo que estaba ocurriendo (...) nos dábamos perfectamente cuenta.¹⁵

La cita no solo remite al complejo escenario político con el que lidiaban chilenos y demás nacionalidades, también refiere a los lazos comunicantes establecidos con las causas antiautoritarias mexicanas. En este sentido, aproximarse a la realidad mexicana habrá de despertar un mayor interés por las problemáticas sociales y acontecimientos políticos acaecidos en México como en toda la región. Por este motivo, Torres y Contreras comparten la idea que dicha interacción animó el espíritu de solidaridad de los chilenos radicados, aún cuando también consideran –como veremos más adelante– que no buscaran implicarse en luchas regionales como las centroamericanas:

¹⁵ Eduardo Contreras, segunda entrevista, 8 de junio de 2016.





[La comunidad chilena] si se metió en general, de una manera u otra, se comprometió. Todos, cada uno con sus ideas, con simpatía en las luchas de los pueblos centroamericanos. Es un dato real. No recuerdo que nadie haya estado en contra. Algunos más fríos, más indiferentes, [menos] comprometidos (...), pero si se hacía un acto de apoyo por la lucha en Guatemala, se llenaba la *Casa de Chile*. Un acto de apoyo por Nicaragua, El Salvador, se llenaba la *Casa de Chile*.¹⁶

Trayectorias de contacto

Con base en los testimonios, podemos estipular que en el interés por Centroamérica inciden un conjunto de circunstancias y disposiciones ideológicas: inclinación por la historia de esta región; participar en organizaciones políticas con históricos lazos internacionales; relaciones establecidas por las dirigencias chilenas con sus contrapartes centroamericanas; el exilio como forzada experiencia vinculante; las campañas de solidaridad con las más diversas causas antiautoritarias.

Una primera trayectoria de contacto la encontramos en Eduardo Contreras. Su relación con Centroamérica está signada por los vínculos entre su orgánica política –el Partido Comunista (pc)– con los partidos hermanos de esta región, así como por la amistad tejida por los integrantes de este colectivo con militantes centroamericanos que tuvieron una estadía en Chile (entre ellos Schafik Hándal, líder del Partido Comunista de El Salvador y con estudios en la Universidad de Chile). Ya en México, el contacto se hará cotidiano. De estos encuentros –destaca– llamará su atención la sólida formación ideológica y profesional como el agudo y sensible juicio político de sus contrapartes centroamericanas.

¹⁶ Eduardo Contreras, primera entrevista, 1 de junio de 2016.

[Había] una compañera (...) la responsable del Partido [Comunista] salvadoreño en México (...) la conversación en México con ella y con los guatemaltecos eran muy ricas, la fraternidad muy sincera, porque tenían total comprensión de la situación chilena, no solo conocimiento; (...) La verdad que tenían absoluta comprensión sobre nuestros defectos, y una enorme gratitud por la colaboración con ellos, que aumentó luego que aparecieron los combatientes internacionalistas [chilenos] (...) Pero a mí lo que me interesaba y buscaba en las conversaciones, era conocer que pasaba [en] este otro sector de América Latina, su visión distinta de la política a la luz de experiencias tan diferentes a la nuestra. Ninguno de ellos había tenido una normalidad democrática prolongada (...) como las que habíamos tenido en Chile. Y a partir de ahí su enorme comprensión hacia nuestra causa, lo que hacía, además, ser amigos en lo personal, [permitiendo] vínculos más estrechos.¹⁷

No obstante, para quien fuera el encargado de los comunistas en México, el contacto establecido por su organización también estuvo mediado por la estadía de algunos integrantes en Cuba, lugar donde la dirigencia de la isla jugó un rol clave en relacionar diversas orgánicas latinoamericanas de izquierda.

[Los] militantes comunistas de la época en México teníamos una pequeña, pequeña ventaja, en el sentido que esta visión internacionalista nos había llevado a tener históricas relaciones con los partidos comunistas [de Centroamérica], lo que incluía también al partido guatemalteco, al partido salvadoreño (...) Por lo tanto, existía un campo básico. En mi caso, por lo demás, por el hecho de haber vivido previo en Cuba y haber conocido dirigentes centroamericanos (...) Entonces, a pesar de esa pequeña ventaja de tener conocimientos de la historia por lo menos de esos partidos, de esos países, [nuestro conocimiento] no era ni profundo (...) ni tan permanente, ni cubría todo el espectro centroamericano (...) por lo tanto, la intensidad de relaciones con muchos partidos y movimientos centroame-

¹⁷ Eduardo Contreras, segunda entrevista, op cit.





ricanos –no solo comunistas– tenía que ver más con Cuba que con México.¹⁸

Este último señalamiento es refrendado por nuestro entrevistado anónimo, quien rememora –en el caso del mir– las circunstancias que posibilitaron los primeros contactos con los sandinistas en Cuba a inicios de 1975. Habrían de resultar de los efectos que trajo consigo “la toma de la casa de ‘Chema’ Castillo” por un comando del fsln en Managua. Operación llevada a cabo el 27 de diciembre de 1974 la cual permitió la liberación de un conjunto de prisioneros de esta organización de las cárceles somocistas y su traslado a la isla caribeña. Dichos vínculos –parece ser– debieron resultar aleccionadores para varios integrantes del mir, pues estos encuentros habrían dejado en evidencia, por un lado, los déficits de la praxis armada mirista y, por el otro, el virtual desconocimiento que tenían de los asuntos y problemáticas centroamericanos: “Sabíamos quién era Lenin, Marx, ‘los hermanos Marx’, pero ninguno de nosotros sabía quién era Farabundo [Martí] o [Augusto César] Sandino”.

Los contactos, por lo tanto, no solo se establecieron a partir de afinidades ideológicas –como sucedía entre los partidos comunistas de El Salvador y Chile, o entre las guevaristas organizaciones fsln y mir–, también se regían por prejuicios políticos que delimitaban los posibles vínculos y grados de colaboración; pues, como lo reconoce, en su organización “[hubo] un rechazó a [la figura de] Farabundo [Martí], a Schafik [Handal], porque eran comunistas, por ser sectarios... Schafik había estado con [Luís] Corvalán”¹⁹, y remarca: “no había cabida para estos personajes centroamericanos”.²⁰

Para otros, sin embargo, aproximarse a Centroamérica se origina de la inesperada trayectoria personal que trajo consigo la salida de su

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ Luis Corvalán Lepe (1916-2010), profesor normalista e histórico Secretario General del Partido Comunista de Chile entre 1958 y 1990. Bajo su dirección, esta organización terminó por transformarse en el mayor referente del comunismo pro-soviético latinoamericano.

²⁰ Fuente anónima, *op cit.*

país. Es el caso de Ernesto Navarro, quien –“con vergüenza”– admite la absoluta indiferencia que tenía por las problemáticas latinoamericanas previo al golpe de Estado e, incluso, en sus primeros años de exilio. Acontece con Nicaragua, país en el cual –pese a la revolución triunfante– “[tenía] cero interés” en su historia al llegar a la Ciudad de México. No obstante, durante sus estudios de posgrado en esta capital, tuvo la oportunidad de interactuar con militantes refugiados de diferentes organizaciones de la región, lo cual le permitirá entablar las primeras amistades con profesionales y activistas centroamericanos. De estos encuentros, recuerda, lo marco el testimonio de una guatemalteca, “[quien] nos comentó de la carnicería que era Guatemala y por ella conocimos [a los comandantes]”.

Aunque el vínculo establecido estriba en un motivo básicamente informativo, el conocer a Rodrigo Asturias –uno de los dirigentes de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (urng) e hijo del premio nobel Miguel Ángel Asturias– le comportó modificar sus prejuicios con los países, organizaciones políticas, actores y sociedades de dicha región:

[Rodrigo] Asturias era un gran tipo, con una gran formación política y encantador, como ser humano encantador (...) No me imaginaba que un jefe guerrillero fuera tan encantador. [Personalmente estaba preso por un] estereotipo. Yo me imaginaba un tipo medio primitivo, tosco y no. Rodrigo era todo un caballero, y su mujer más que él, eran personas de salón: buena conversación, siempre buenos temas, inteligentes. Hasta hablábamos de comida. Ahí me enteré que su padre, el escritor, era bueno para comer y que escribieron con [Pablo] Neruda un libro de comida, sobre recetas de comida.²¹

Diferente fue la aproximación de Ximena Ortúzar. La atracción por Centroamérica surge en su época de estudiante universitaria en Santiago. Recabando información para su tesis de licenciatura –referida al problema

²¹ Ernesto Navarro, op cit.





de la liberación y la dependencia en el Istmo—, en ella tuvo gran impacto la descripción que realizará la Nobel de Literatura Gabriela Mistral sobre la figura de Augusto César Sandino y, junto con este, el fenómeno político del somocismo. Consagrada en recabar todo lo referido a esta temática, no dudó en localizar a todos aquellos conciudadanos que habían estado en el istmo, así como entrevistar centroamericanos residentes en Chile: “Había guatemaltecos, uno que otro nicaragüense. Hablando e investigando, había bastante escrito sobre Nicaragua, Sandino (...) y la fundación del Frente [Sandinista]”.²²

La inquietud por los asuntos centroamericanos cobrará nuevos bríos con su arribo a la capital mexicana. La importante cantidad de guatemaltecos, nicaragüenses o salvadoreños refugiados en esta metrópoli actuó como catalizador no solo para profundizar su curiosidad intelectual, también para solidarizar con las luchas sociales y políticas que se desenvolvían en los países del Istmo. Como mencionamos, para Ortúzar este compromiso era una preocupación personal más que colectiva entre los chilenos, y con desazón admite la ausencia de reciprocidad entre sus congéneres nacionales. No obstante, la oportunidad de interactuar con simpatizantes e integrantes del fsIn avecindados en la Ciudad de México, no solo la motivaran a participar del Comité de Solidaridad con el Pueblo Nicaragüense existente en esta urbe, también reportar la guerra librada en Nicaragua en la segunda mitad de los años ‘70’:

Cuando llego a México (...) estaba muy vigente para mí lo de Nicaragua. Empiezo a averiguar si hay nicaragüenses, y como contactarlos. Como se nos acercaban muchos (...) Centroamericanos para darnos su solidaridad (...) Los guatemaltecos que se acercaban a decirnos: “yo estuve asilado en Chile”. Se acercaban salvadoreños y, sobre todo, se acercaba mucha gente por esto de que éramos “el exilio de los allendistas”. Se acercaban a nosotros pensando que nosotros éramos unos dignos representantes de [Salvador] Allende, lo cual me da una vergüenza espantosa, porque no hemos sido dignos represen-

²² Ximena Ortúzar, op cit.

tantes de Allende. Entonces digo: "hay nicaragüenses". Empiezo a hablar con los nicaragüenses, empiezo a tener reuniones, a contar mi interés por Nicaragua, y en eso comienzan a correr los días. No son tantos años, del 74' al 78' (...) que ya está ardiente la cosa (...) Cuando viene esto yo les hablo: "yo quiero ir a Nicaragua". Me dijeron: "claro compita tienes que ir, pero tú tienes que ser útil, porque tú no vas a tomar fotos. Tú vas a ver la realidad".²³



Internacionalismo chileno en la Ciudad de México

Si el exilio en Europa oriental erosionó la fe en el "socialismo real", y el refugio en Francia, Italia o Suecia contribuyó a que importantes sectores quedaran "seducidos" por la socialdemocracia y el eurocomunismo; el destierro en países de la región (México, Costa Rica, Venezuela, Panamá o Ecuador) parece haber sido condición de posibilidad para que una fracción de exiliados y militantes abrazaran como propias las causas populares centroamericanas. Sea por padecer similares problemas del subdesarrollo, huir de regímenes autoritarios o experimentar variadas formas de intervencionismo estadounidense, el contacto con activistas de izquierda y refugiados de diversas nacionalidades permitirá a los exiliados chilenos compartir experiencias, reafirmar ideas y tener lecturas afines sobre las problemáticas estructurales hemisféricas. De esta manera, en unos se proveyeron las bases para practicar el principio de la solidaridad y, en otros, se activarán las disposiciones para ejercer un compromiso revolucionario internacional. En todos los casos, significará apropiarse del imaginario político-cultural latinoamericano.

En efecto, la capital mexicana no sólo fue "una retaguardia para la lucha en Chile", desde el punto de vista de los principios del tercermun-

²³ *Ibíd.*



dismo –por entonces muy en boga– “aquí se latinoamericanizaron los que estaban muy europeizados”.²⁴ A ojos de varios consultados, el contacto con la realidad mexicana y la creciente aproximación con los exiliados y refugiados centroamericanos, no solo favorecerá aprender de las estrategias de movilización promovidas, prácticas políticas y formas de lucha ejercidas por los actores armados de esa región, fundamentalmente permitió quebrar con ciertos paradigmas ideológicos, estigmas políticos y prejuicios culturales instituidos en la eurocéntrica militancia chilena, viabilizando en diversos integrantes el apropiarse de una postura latinoamericanista.

Sería el caso de Ernesto Navarro, cuyo exilio en Ciudad de México entrañó experimentar importantes cambios subjetivos. Para este socialista, la interacción entre la masiva presencia de refugiados y la solidaridad mostrada por los habitantes de la capital habría habilitado “[que], por primera vez, nos conocemos los latinoamericanos, por primera vez (...) nos encontramos”. Al contribuir a socializar y potenciar un sentimiento de pertenencia regional, esta ciudad se erigió en una escuela política donde pudo reconocerse como integrante de una misma comunidad geográfica y cultural. Por esta razón, afirma, “[empecé] a sentir la latinoamericanidad. Y no solo me sucede a mí, también les sucede a los demás exilios”. Sensibilidad opuesta a la etapa previa al destierro, cuando la falta de identificación regional emanaba de un “grave error [de formación]. Una de esas aberraciones que [cometes] en la vida. Por ignorancia política”.²⁵

También sería lo experimentado por Ximena Ortúzar, para quien los contactos establecidos en Ciudad de México le abrirán las puertas a Centroamérica y descubrir “el verdadero sentido del internacionalismo”. Para esta profesional de la prensa, en su vida “hay un antes y un después con la guerra de Nicaragua”. Al observar la compleja naturaleza social de un conflicto armado, adentrarse en la historia y sociología de este país, comprender el carácter global de las guerras de liberación nacional –“[ente-

²⁴ Fuente anónima, op cit.

²⁵ Ernesto Navarro, op cit.

rarme] de pertrechos somocistas que decían *Made in Argentina, galiles chilenos* (...) Habían mercenarios de estos países”– o conocer internacionalistas de las más diversas nacionalidades y talentos –como el panameño Hugo Spadafora, quien le hizo comprender: <<la revolución es un mandato de la historia>>– motivarán, por un lado, un replanteo de sus enfoques y actitudes, por el otro, reafirmar ciertos principios ya internalizados: “cuando yo veo que este tipo no se las da de nada, que estuvo en Guinea Bissau y recuerda a [Salvador] Allende en medio de una guerra [en esos momentos me sentía] más allendista que nunca y más internacionalista que nunca”.²⁶

Asimismo, señalado parteaguas está íntimamente ligado con las huellas que dejaron en su memoria los testimonios de dos mujeres involucradas en la guerra revolucionaria, ambas en las antípodas generacionales: una niña de unos 12 años que combatía en las columnas sandinistas, y una anciana que durante décadas colaboraba en las luchas antisomocistas. Las marcas conservadas, por lo demás, parecen estar correlacionadas con la importancia de asumir y practicar un conjunto de disposiciones para que un pueblo batalle por su liberación: dignidad nacional, *habitus* militante (“cuando [la anciana] se despide de mi me dice: ‘entienda, la discreción es un arma de lucha’”); compromiso político, madurez personal (“no tenemos que pedirles permiso. Los niños sabemos lo que queremos”); incluso, cierta escatología revolucionaria: “un día muy lindo va a llegar”, como decretó la joven en entrevista. Por consiguiente, la lección primordial que arroja su experiencia en Nicaragua fue advertir que –más que una vanguardia política o armada– todo proceso revolucionario requiere de “un pueblo con conciencia de clase y muy mayoritaria. Eso es lo que hizo que el Frente pudiera ganar. Eso es –respondiendo su pregunta– lo que aprendí”.

El testimonio de Ortúzar exhibe la distancia entre los niveles de conciencia, prácticas políticas y formas de lucha del pueblo chileno con los

²⁶ Ximena Ortúzar, op cit.





existentes en realidades sociales como las centroamericanas. Hábitos y repertorios que habrían permitido avanzar hacia la conformación de una importante masa crítica dispuesta hacer la revolución. Por ello, la llegada a tierras somocistas no pudo ser más aleccionadora:

Yo estuve en un sitio, en el Frente Sur, en [un] puestito que había y que era de primeros auxilios (...) Empezamos a sentir unos disparos (...) unas grandes detonaciones, y yo pregunto: "y esto que es?", "Debe ser –dice [un] austriaco– la [Guardia] que vienen avanzando por el río" (...) "¿Por este río que está aquí?" y grito: "Mamaaaa" y todos se ríen.

[Como señalé] había un austriaco involucrado, peleando, había estado peleando en Angola. Comienzo a tener real conciencia de lo que es el internacionalismo. Más allá de lo que uno lea. Verlo in situ. "¿Tú te viniste de donde a combatir acá?", [le pregunto y me responde]: "yo me vine a pelear acá como fue mi causa Angola". Y estos dos chavos mexicanos que estaban a cargo del puesto médico –que eran estudiantes de medicina– y cuando comenzó la guerra dijeron: "bueno, con lo que sabemos por lo menos vamos a entablillar un brazo" (...) Todavía hoy se me enchina la piel. De ver eso que no he visto en mi país.²⁷

La creciente radicalización de las luchas populares centroamericanas, por lo tanto, constituyó un poderoso aliciente para que núcleos de la militancia exiliada en México renovaran imaginarios, activaran disposiciones ideológicas y asumieran nuevos retos políticos. Con similitud a la experiencia de los miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo y de Montoneros analizados por Eudald Cortina (2017), Nicaragua también possibilitó que algunas chilenas y chilenos proyectaran su militancia al abrazar como propias otras causas nacionales.

Es lo experimentado por nuestro entrevistado anónimo, cuyas valoraciones refieren al lugar que ocupa Centroamérica en los imaginarios de los combatientes internacionalistas. En su opinión, el proceso revolucionario nicaragüense implicó una quiebra para la náufraga izquierda de su

²⁷ *Ibíd.*

país, pues los dramáticos eventos de 1979 en Nicaragua constataban los errores del gobierno de la up y las falencias de las izquierdas institucionales chilenas, esto es: la falacia de transitar al socialismo por la vía electoral (*utopía allendista*), no haber cambiado la correlación de fuerzas al interior de las instituciones armadas, carecer de armas con las cuales defender al gobierno de Salvador Allende; pero también, del propio mir: sea por no existir una fuerza revolucionaria a la vanguardia del proceso político chileno; porque el llamado *poder popular* carecía de estructura organizada; o porque "no han disparado un solo tiro". Si bien este crítico diagnóstico otorga carta de legitimidad a la temprana y sombría lectura que hiciera el mir sobre el futuro político de la up, sirve para ilustrar un punto enunciado por todos los entrevistados: el sumo interés demostrado por las y los integrantes de las organizaciones político-militares centroamericanas por conectarse, informarse y participar de redes transnacionales, debates políticos y dilemas estratégicos de las izquierdas de otras realidades nacionales.

Por el contrario, frente a las capacidades demostrada por las insurgencias de América Central, la dispersa y exiliada militancia internacionalista chilena "estaba constituía por guerrilleros fracasados, frustrados, no ejercidos, [sin embargo] –subraya– Centroamérica puede canalizar todo esto". Efectivamente, para un conjunto de cuadros decepcionados con la derrota del socialismo en Chile –pero ávidos de regresar a su país para derrotar la dictadura– ir a combatir en Nicaragua en la etapa insurreccional (más tarde en Guatemala y El Salvador) representaba una oportunidad para abrazar "[una] militancia alternativa". Activismo político militar transnacional que les permitía, de un lado, contribuir a la causa internacionalista a la cual se habían entregado, y, por el otro, saciar sus anhelos por participar en una epopeya transformadora ganadora. Según recuerda la fuente consultada, la convocatoria para reclutar cuadros para ir a combatir a Nicaragua tuvo una acogida "emocionante" entre los miristas acantonados en Cuba, y agrega, "todos los que recluté, ninguno vaciló".²⁸

²⁸ Fuente anónima, op cit.





Circunstancia propiciada, cabe señalar, por la apertura de las organizaciones armadas centroamericanas a la participación de militancias foráneas en sus filas, lo cual habilitaba solventar con recursos humanos especializados las necesidades de unas insurgencias que –como sucede en la Nicaragua de fines de los setenta– rápidamente transitaban hacia una estrategia basada en guerra de posiciones. Acontece en el denominado Frente Sur del fsIn –en la frontera con Costa Rica– pues, dado los conocimientos militares de carrera adquiridos en Cuba, “razones técnicas convocan a los chilenos”. De esta manera –sentencia– “en las guerrillas centroamericanas se junta el hambre con la necesidad”.

Además de terminar por identificarse con la lucha sandinista –visible con el creciente interés por conocer la historia de Nicaragua y sus protagonistas (“empezamos a leer a Sandino”) o el que algunos terminaran por residir en tierras centroamericanas– el proceso revolucionario nicaragüense significará para la heterogénea tropa de combatientes chilenos extraer saberes para las estrategias de retorno y lucha antidictatorial en Chile. Asimismo, y más fundamentalmente, conllevará avanzar en una agenda política capaz de conjuntar a las izquierdas chilenas en los años ochenta. Por este tipo de razones, concluye, “[Nicaragua] simboliza el lugar de reencuentro, de camaradas dispersos en el mundo”, asimismo, “[constituirá] el primer factor real de unidad de izquierda chilena”. En cualquier caso –refrenda– “permitirá canalizar frustraciones”.²⁹

El testimonio de Eduardo Contreras también corrobora el poderoso impacto político que, para la militancia de su partido, significaron el contacto en México con refugiados centroamericanos y todo el proceso revolucionario en el istmo. Para este abogado diversas son las enseñanzas aprendidas, en primer término, la necesidad de practicar la autocrítica: “el desconocimiento con que llegamos a acercarnos a Centroamérica, casi absoluto, me parece un egoísmo, una pequeñez muy grande”; segundo, reconocer que las pequeñas naciones centroamericanas habían generado

²⁹ *Ibíd.*

importantes procesos políticos y sociales, las cuales –a su juicio– debieron ser “señales” para la izquierda de su país:

En el caso de Guatemala, ¿cuál era el proyecto político de Jacobo Arbenz? ¿Lo supimos alguna vez en Chile?, yo creo que no. ¿Quién era él? (...) ¿por qué fue derrocado? Todo este tipo de cosas que no forman parte hasta el día de hoy de la formación cultural de un chileno medio, las aprendimos en el exilio (...) Empezamos a saber que tenían intelectuales, del compromiso de las fuerzas religiosas, de los curas. A mí me sorprendía que dos curas eran comandantes en la [lucha armada] guatemalteca, [sujetos] tremendamente cultos de los que tu aprendías. Cuando ibas a tomar un café [con ellos] no querías que se acabara nunca el café porque se aprendías montones. Aprendimos su historia, aprendimos a conocerlos, a saber qué era Nicaragua, cual fue la historia de Nicaragua, porqué Sandino, porqué matan a Sandino, qué explicó el somocismo. Claro, uno hoy en día uno habla con mucha naturalidad, pero en esa época éramos unos ignorantes perfectos.³⁰

En tercer lugar, la voluntad de estos pueblos por mejorar sus condiciones de vida “a cualquier precio, sin los pudores o recatos propios de los chilenos de cuidar tanto el pellejo”. Esta última valoración parece estar en relación con cierto sentido de culpa en el imaginario comunista chileno. Hablamos de la incapacidad de defender al gobierno de Salvador Allende de la asonada militar. Del mismo modo, constata el cambio subjetivo experimentado por la militancia de su partido por elevar los métodos de resistencia “[porque] Centroamérica enseña que la revolución, si uno cree en eso, hay que saber hacerla”. De tal forma, las guerras civiles centroamericanas entregarán como primordial lección “[el] estar más preparado, siempre, para todas las formas de lucha. Con lo bueno y lo malo que eso tiene”.

³⁰ Eduardo Contreras, segunda entrevista, op cit.





Varios hijos de exiliados en México se fueron a Cuba a la 'Tarea [Militar]' (...) No fueron muchos, habrán ido 10, algunos se quedaron, 2 o 3 regresaron. No fueron a combatir, pero hubo una adhesión espiritual, anímica, sin duda a las [nuevas] formas de lucha (...) Y es más, compañeros que se esforzaron por (...) colaborar de algún modo, con ideas. Te puedo decir que un ex oficial militar democrático que vivía en México, por ejemplo, inventó una cosa que era una suerte de plataforma que se parecía a las *katiuskas*. Esa cosa se las traspasó a los *nicas* y funcionó [para enfrentar a la Contra].³¹

Por este motivo, concluye, la transición de las y los comunistas a practicar "todas las formas de lucha" constituye "un producto de la época"; para lo cual fue clave ciertas condiciones de posibilidad: la incapacidad de defender al gobierno de Salvador Allende; el auge de las guerras de liberación nacional centroamericanas; los contactos tejidos con diversas organizaciones político-militares latinoamericanas en Cuba, México y otros países; la necesidad de contar con una Fuerza Militar propia para enfrentar a una dictadura que se consolida; los cambios subjetivos experimentados por la militancia, sea la exiliada o aquella que actuaba en la clandestinidad en Chile (Álvarez, 2006).

Empero, a pesar de estipular que el interés por conocer otras realidades constituye "una impronta de fábrica" para la militancia comunista, reconoce que este cambio *en* la línea política del partido fue recibido de manera dispar; pues no todos compartieron la visión de la dirección nacional de abrirse a nuevos métodos de resistencia para enfrentar al régimen militar. De hecho, puntualiza, "muchos ni creyeron que esto era cierto. Yo recuerdo que cuando llegué a México en el 78', les contaba la experiencia [de formar cuadros militares en Cuba]. Muchos compañeros me miraban como bicho raro".³²

Y añade:

³¹ Eduardo Contreras, primera entrevista, op cit.

³² Eduardo Contreras, segunda entrevista, op cit.

Yo sé que compañeros del pc que, cuando aparecemos vinculados a las luchas de liberación de Centro América y con acciones armadas en Chile no les gustó: <<¿cómo? cambiamos de política [decían]>>. Eso es primitivismo político. El no percibir que habían cambiado (...) las condiciones históricas concretas en Chile. Que habían cambiado radicalmente. Tiene que ver con el nivel de conciencia de cada militante y también la suerte o no de haber tenido una historia que te permitió vivir ciertos hechos (...) Pero creo que la gran mayoría del partido supo hacer la síntesis.³³

Dictamen compartido por Beatriz Torres. Para la encargada del Centro Académico de la Memoria de Nuestra América (camena)³⁴, la voluntad política de la dirección del pc y la perspectiva histórica de su encargado local –Eduardo Contreras– por conectar la lucha en Chile con la dinámica política regional, implicó cuestionar “al exilio arropado”; el cual, ojos de la consultada, “impedía practicar la solidaridad”. Esta toma de posición –considera– habría avanzado hacia la conformación de una informal red de colaboración entre refugiados de diversas organizaciones políticas latinoamericanas, cuyos objetivos iban más allá de las campañas de denuncia emprendidas por los exilios hasta 1978. Según recuerda, el diagnóstico del dirigente comunista era que América Latina “[tenía] un problema grave y severo” y, por lo tanto, toda la izquierda continental debía cooperar. “Y en eso Contreras hechó la mano y casi le cuesta la vida. A él y a mí. Así de congruente”.³⁵

Que el pc chileno pusiera una estación de su brazo armado (Frente Patriótico Manuel Rodríguez, fpmr) en la Ciudad de México, indica la perspectiva geopolítica alcanzada por esta organización política. El establecimiento de una estructura operativa con alcance regional no solo tuvo por propósito organizar parte de la logística y el tráfico de recursos nece-

³³ Eduardo Contreras, primera entrevista, op cit.

³⁴ Patrimonio de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, el Centro Académico de la Memoria de Nuestra América es un archivo especializado en temas de América Latina, el Caribe y los Estados Unidos.

³⁵ Beatriz Torres, op cit.





sarios para la lucha insurreccional en su país, también implicó “echar la mano a compañeros guatemaltecos y salvadoreños” y demás nacionalidades. Acontece con el apoyo en términos de seguridad y diversos servicios a Schafik Hándal, cuya primera conferencia de prensa en calidad de comandante del fmln se efectuó clandestinamente en esta ciudad, en el departamento de Contreras y a la cual se invitó a corresponsales de prensa de confianza. O las colaboraciones establecidas con integrantes de Montoneros, cuyos especialistas en comunicaciones facilitaron aparatos que permitieron interferir las señales televisivas chilenas y dar a conocer las proclamas del fpmr. Al concretar cierto nivel de contacto y/o cooperación entre miembros de diversas organizaciones como el fmln, Montoneros, urng, organizaciones de izquierda mexicanas, etc., iniciativas como la promovida por el dirigente comunista –estipula Torres décadas después– tuvieron el potencial para transformar a Ciudad de México “en plataforma de lucha regional”.³⁶

En estos entrecruces, cabe puntualizar, se vio involucrada *Casa de Chile*, propietaria de una imprenta donde se publicaban folletos y documentos para las insurgencias centroamericanas y en la cual trabajaban integrantes del Ejército Guerrilleros de los Pobres de Guatemala. Asimismo, también resultaron de iniciativas individuales de colaboración. La historia de un militante comunista, sensibilizado por la lucha revolucionaria en Guatemala, es paradigmática de los compromisos personales brotados al calor de los acontecimientos centroamericanos y las amistades tejidas en Ciudad de México:

“[Un amigo] –recuerda Ernesto Navarro– tuvo una casa enorme, de tres pisos, antigua, y se la pasó a los guatemaltecos. Y ahí pusieron un hospital, donde traían guerrilleros heridos de Guatemala y lo atendían ahí. Incluso la casa la parearon más. Le construyeron más murallas para que el vecindario no viera para adentro”.³⁷

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ Ernesto Navarro, *op cit.*

Si agregamos las mallas de apoyo establecidas por sindicatos agrarios nacionales, grupos estudiantiles, movimientos de derechos humanos, coordinadoras de trabajadores, colectivos feministas, parroquias vinculadas al cristianismo liberacionista; así como los diversos intentos de colectivos populares por organizar, por ejemplo, un “movimiento político, revolucionario y de masas” (que tenía por objetivos “derrotar el sistema gubernamental” e instituir un país “cuya bandera sea la solidaridad entre los pueblos”),³⁸ parece ser que a inicios de los años 80’ esta metrópoli destilaba una atmósfera signada por la solidaridad, fraternidad latinoamericana y un espíritu antiautoritario.³⁹ Energías sociales que, al entroncarse y traspasar las reglas instituidas, terminaron por alarmar y movilizar al Estado mexicano.

Ahora que lo planteas así, yo creo que hubo algo de eso. Ya no se circunscribía solamente a los actos, a las colectas, a las marchas, a los pronunciamientos, a los artículos. Pero ya viene como cierta articulación regional. Y claro (...) eso irradia, (...) eso permea (...) eso va generando otras acciones, otros pensamientos, va abriendo caminos a otras posibilidades políticas militares. Entonces claro, empieza a florecer [en México] y dice el Estado: “Hasta aquí nomas. Nosotros permitimos esto, pero hasta aquí nomas”. Empiezan ‘a rayar la cancha’ como decimos en Chile: “de aquí hasta acá. Pero si tú te pasas de estos límites eso no va a ser posible”.⁴⁰

³⁸ Ver: AGN, Galería 1, Secretaría de Gobernación, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales. Informe, Folio 1595, n° 81, páginas 253-256, 31 de marzo de 1982.

³⁹ Una consigna escrita en los muros de la UNAM –de la cual tomaron nota los servicios de inteligencia– resume esta interacción: “Un día de tu salario, es un día por la liberación definitiva del pueblo salvadoreño”. AGN, Galería 1, Dirección Federal de Seguridad, “Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño”, 009-028-002, fichas 5, 13 de junio de 1980.

⁴⁰ Beatriz Torres, op cit.



Conclusiones



La respuesta del estado se saldó con la vigilancia, hostigamiento, secuestro, tortura, muerte o la desaparición de militantes y activistas mexicanos como extranjeros. En el caso de dos de los entrevistados, ambos sufrieron los rigores de los aparatos de seguridad. No obstante, esta aciaga experiencia constata los alcances adquiridos por esta experiencia de interacción solidaria "en el sur global". La rápida liberación de ambos no solo revela el peso adquirido por el exilio chileno (cuyas redes sirvieron para denunciar la desaparición e influir al interior del gobierno nacional), en cierto sentido, también prueba que la lectura geopolítica y la enérgica reacción de los servicios de inteligencia en contra de agencias políticas que traspasaban *los límites* no operaba en el vacío (Pirker, 2021; Yankelevich, 2019).⁴¹

Como todos los estados, el mexicano procura establecer un conjunto de normativas que enmarcaban el actuar político de los extranjeros. En el caso de los chilenos desterrados, cabe recordar, contar con un fuerte respaldo gubernamental como el otorgado por la administración de Luis Echeverría (laboral, financiero, diplomático, simbólico) constituía un poderoso aliciente para no entrometerse en los asuntos locales. No obstante, pese a estos lineamientos, los inevitables contactos con activistas nacionales y refugiados latinoamericanos serán condición de posibilidad para reconocerse en la historia y dolores de otras nacionalidades; contribuyendo a desplegar un compromiso solidario y, de manera más circunscrita, internacionalista con diversas causas de la región.

En efecto, a decir de las fuentes consultadas, el internacionalismo no fue un valor ejercido por la mayoría de las y los exiliados chilenos. Los testimonios consideran que una parte significativa de los integrantes de esta comunidad tuvieron una menor disposición a interactuar o colaborar

⁴¹ "No hay que olvidar (...) más que el gobierno mexicano, los servicios de inteligencia de este país caminan. Es lo que más camina. No hay que olvidar que la mayor estación de la CIA en la región se encuentra aquí. A veces se olvida que estas cosas tienen un peso". *Ibíd.*

activamente con otras luchas nacionales, actitud que sugiere que esta práctica no constituye una condición inherente al exilio o la militancia, incluida a la declarada como marxista leninista. Destacados miembros del exilio chileno, recuerda Beatriz Torres, por ejemplo, criticaron a Contreras por sus activos vínculos con Centroamérica: sea por poner en riesgo la solidaridad del gobierno mexicano ("porque nosotros nos estábamos saliendo del guión"),⁴² sea por desviarse del objetivo político central: la lucha anti dictatorial en Chile.

En quienes experimentaron "un despertar", inciden las disposiciones ideológicas internalizadas y haber experimentado circunstancias que contribuyen a sensibilizarlos. Y en esto, la interacción con los diversos exilios en la ciudad capital, en un contexto de desborde de las guerras centroamericanas, constituyó un poderoso catalizador para los consultados. Acontece con Ximena Ortúzar y Ernesto Navarro. Para la primera, los contactos establecidos con centroamericanos en la Ciudad de México comportaron activar sus disposiciones ideológicas, al punto de embarcarse para registrar la guerra en Nicaragua. En el caso del segundo, dos hechos son decisivos: la posibilidad de migrar a México y el entablar amistad con una militante guatemalteca, cuyos relatos habrían de modificar prejuicios sobre las sociedades centroamericanas e identificarse como integrante de una misma comunidad geográfica, histórica y cultural.

Aquellos que verán renovar sus compromisos militantes, los contactos con integrantes de las organizaciones centroamericanas potenciarán las disposiciones a favor de la solidaridad y el internacionalismo; del mismo modo, hará ver los vacíos políticos, metodológicos e ideológicos que arrastraban. En este sentido, al menos para algunos de los consultados, identificarse como latinoamericanos parece tomar forma definitiva en el destierro, siendo decisivos la interacción con activistas locales y las diversas nacionalidades refugiadas en la Ciudad de México. Esta tardía auto adscripción sugiere que la tradición latinoamericanista tuvo dificulta-

⁴² Beatriz Torres, segunda entrevista, 17 de septiembre de 2022.





des para permear los imaginarios de algunos sectores de las izquierdas chilenas; incluso estando en conocimiento de los esfuerzos de la revolución cubana por lograr una síntesis legítima con el marxismo leninismo (Marchesi y Álvarez, 2016). Asimismo, parece confirmar un axioma de la sociología política: para renovar valores, discursos políticos y conectarse con representaciones colectivas anti sistémicas, cada generación debe experimentar un acontecimiento *revelador*. Se desprende de la siguiente afirmación: "No nos imaginábamos, diez años antes, lo que iba hacer Centroamérica [para nosotros]".⁴³

Por consiguiente, el contacto con actores locales y nacionalidades refugiadas en la Ciudad de México, en un contexto de ascenso de las luchas populares en Centroamérica, terminó por constituirse en catalizador para activar un compromiso solidario internacionalista. Del mismo modo, operó como evento *disparador* para despertar la 'latinoamericanidad' dormida. Y no solo en ellos, también en los imaginarios de nuevas cohortes de mexicanas y mexicanos. La importante participación de combatientes de este país en las guerras civiles del istmo, las masivas muestras de solidaridad con las luchas latinoamericanas y la predominancia política de la izquierda en esta capital parecen confirmarlo.

Bibliografía

Ágreda, J. (2020). "La influencia del Estado en las redes transnacionales de solidaridad. Un acercamiento a la Coordinadora Estatal de Solidaridad con Nicaragua de España (1978-1992)", *Secuencia*, n°108. [online] Disponible en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=319170153023> _____; Helm, C. (2016). "Solidaridad con la Revolución Sandinista. Comparativa de redes transnacionales: los casos de la República

⁴³ Eduardo Contreras, segunda entrevista, op cit.

Federal de Alemania y España", *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, n° 17. [on line] Disponible en <https://revistas.um.es/navegamerica/article/view/271921/198661>

Álvarez, R. (2006). "¿La noche del exilio? Los orígenes de la rebelión popular del Partido Comunista de Chile". En: Valdivia, V. et al, *Su revolución contra nuestra revolución* (pp. 15-47). Santiago: lom.

Ayala, M. (2014). "La formación de comités y redes de lucha contra la dictadura militar de los exiliados argentinos en Venezuela: interacciones locales, regionales y transnacionales (1976-1981)", *E-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, n° 46 (vol. 12). [on line] Disponible en <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/65>

Camacho, F. (2013). "El movimiento de solidaridad sueco con Chile durante la Guerra Fría". En: Harmer, T.; Riquelme, A. (eds.). *Chile y la guerra fría global*, (pp. 225-255). Santiago: RIL Editores.

Cid, M. (2018). *La casa de Chile en México 1974-1993*. Manuscrito no publicado. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán.

Cortina, E. (2017). "Internacionalismo y Revolución Sandinista: proyecciones militantes y reformulaciones orgánicas en la izquierda revolucionaria argentina". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, n° 2 (vol. 28). [on line] Disponible en <https://eialonline.org/index.php/eial/article/view/1521/1627>

Fábrega, A. (2006). "El Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño. Una experiencia latinoamericanista". En: Oikión, V.; García, M. (eds.), *Movimientos armados en México, siglo XX* (pp. 643-652). Vol 3, México: cieras.

Featherstone, D. (2012). *Solidarity. Hidden Histories and Geographies of Internationalism*. London: Zed Books.

Lavín, M. (2020). *El uso político del exilio chileno durante el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976)*. Manuscrito no publicado. Universidad Nacional Autónoma de México.





Marchesi, A.; Álvarez, R. (2016). "Del internacionalismo al latinoamericanismo. La Izquierda en la segunda mitad del siglo xx: aproximaciones intelectuales, políticas y culturales", *Historia y problemas del siglo XX*, año 7 (vol.7), pp. 11-14. Montevideo.

Mejía, F. (2014). "Las tentativas del ánimo". En: Ollé-Laprune, Philippe *et al*, *París, capital del exilio / México, capital del exilio* (pp.15-24). México: fce / Casa Refugio Citlaltépel.

Perla, H. (2008). "Si Nicaragua Venció, El Salvador Vencerá: Central American Agency in the Creation of the U.S.–Central American Peace and Solidarity Movement", , n° 2 (, pp. 136-158. Albuquerque.

Pirker, K. (2021). "La solidaridad bajo observación: El Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en los archivos de la Dirección Federal de Seguridad". En: Pirker, K.; Rostica, J. (coord.) *Confrontación de Imaginarios: Los Antiimperialismos en América Latina* (pp. 261-288). México/Argentina: Instituto Mora/clacso.

Pirker, K. (2018). "Activismo transnacional y solidaridad, de Cuba a Centroamérica", *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, año 4, n° 7. [on line] Disponible en <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/view/18929>

Pirker, K.; Núñez, O. (2014). "Puente, retaguardia y voz: la Ciudad de México en el trabajo político-militar del fmln". En: Ollé-Laprune, Philippe *et al*, *París, capital del exilio / México, capital del exilio* (pp. 259-278). México: fce / Casa Refugio Citlaltépel.

Power, M. (2009). "The U.S. Movement in Solidarity with Chile in the 1970s", *Latin American Perspectives*, n° 6 (vol 36), pp. 46-66. Riverside.

Rebolledo, R.; Reyes, G. (2023). "El exilio chileno en México. Organización y denuncia como resistencia al desarraigo", *Revista CUHSO*, vol. 33 n°. 2, pp. 134-149. Temuco. [on line] Disponible en <http://dx.doi.org/10.7770/cuhso-v33n2-art647>

Rojas, C. (2016). "Los anfitriones del exilio chileno en México, 1973-1993", *Historia Crítica*, n° 60, pp. 123-140. [on line] Disponible en <https://doi.org/10.7440/histcrit60.2016.07>

_____ (2013). *El exilio político chileno: la Casa de Chile en México (1973-1993), una experiencia singular*. Tesis de grado para optar al grado de Doctora en Estudios Americanos con mención en Historia. Manuscrito no publicado. Universidad de Santiago de Chile.

Rojas, C. y Santoni, A. (2013). "Geografía política del exilio chileno: los diferentes rostros de la solidaridad", *Perfiles Internacionales*, n° 41, pp. 123-142. Ciudad de México.

Sánchez, G. (2020). "¡Nicas y mexicanos solidarios como hermanos!": el movimiento mexicano de solidaridad con Nicaragua (1974-1979)", *Secuencia*, n°108, Ciudad de México. [on line] Disponible en <https://secuencia.mora.edu.mx/Secuencia/article/view/1840/2108>

Saull, R. (2004), "El lugar del sur global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico". En: Spenser, D. (coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, (pp. 31-66). México: CIESAS/SRE/Ed. Porrúa.

Valles, R, y Castelli, A. (2015), "Los rostros de la solidaridad. Historia Oral y Vida Cotidiana. El discurso existencial de los exiliados chilenos en México y María Esther Zuno de Echeverría", *Revista Ánfora*, vol. 22 (n° 39), pp. 125-146, Manizales. ISSN 0121-6538. [on line] Disponible en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=357843443005>

Yankelevich, P. (2019). "*Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, n°1 (vol. 30). [on line] Disponible en <https://eialonline.org/index.php/eial/article/view/1600/1719>

